

á comparar las diversas corrientes que se agitan dentro de la nueva estética experimental, convirtiéndose en una ciencia psicológica lo que antes fué una disciplina especulativa.

Esta información sería incompleta si olvidáramos algunos estudios de historia de la filosofía publicados por eruditos meritísimos, que continúan la obra del gran Milá; entre ellos descuella Antonio Rubio y Lluch, afanosamente consagrado á restaurar las fuentes de la cultura catalana medioeval, y su discípulo A. Calvet, autor de una excelente monografía sobre Anselmo de Turmeda.

Interesantes estudios de ética y psicología del pueblo español viene publicando Carreras y Arnaú, catedrático en la Universidad de Barcelona. Con mucho ingenio y doctrina ha desentrañado «la filosofía del derecho en el Quijote», en un libro que todo cervantista leerá útilmente; ha emprendido, además, una serie de estudios monográficos sobre los antiguos filósofos de Cataluña.

De especial importancia para la cultura filosófica catalana son las corrientes científicas muy desenvueltas en los últimos años, y que, en todos los países, convergen á renovar las fuentes mismas de la filosofía moderna.

Manuel de Montoliu, en sus «Estudios de la

literatura catalana», dedica un entero capítulo á señalar la desproporción entre el florecimiento literario y la cultura científica en Cataluña. La observación es justa; pero es necesario agregar que refleja un aspecto común de toda la cultura española. Debe hacerse otra limitación á ese juicio: las «ciencias de papel» (erudición, historia, derecho, etc.), han sido siempre, y son actualmente, copiosas en toda la península. Las que escasean son las «ciencias de la naturaleza», las destinadas á observar y experimentar sobre la realidad que rodea al hombre. Toda la cultura española, desde el siglo XVI hasta el XX, puede simbolizarse en una frase: sobran archivos y escasean laboratorios.

A pesar de estas reservas, sigue pareciéndonos exagerada la opinión de Montoliu. Quien observe con interés la vida intelectual de Barcelona, no podrá suscribir sus afirmaciones: «nuestra cultura está aún divorciada de la del mundo contemporáneo, faltándonos el lazo de unión definitivo entre nuestra mentalidad y la del resto de la Europa civilizada: la cultura científica». Sin comparar nuestra exigua información con la profunda de Montoliu, debemos hacer justicia á cosas y personas que conocemos, pues revelan un movimiento científico digno de respeto.

El renacimiento cultural se inició en la poesía y trascendió efusivamente á las letras y las artes, poniendo en ellas alguna marca original y duradera. En las ciencias no puede ocurrir lo mismo por una razón muy simple: las ciencias no se improvisan. La inspiración artística puede ser episódica ó accidental; las investigaciones científicas exigen institutos, métodos y disciplina de trabajo. En un poema vuelca su ingenio un hombre excepcional; en la determinación de una ley científica colaboran generaciones. Unamuno escribe lo que sale de su caletre; nada podría descubrir Cajal si otros no hubieran perfeccionado el microscopio y organizado los métodos histológicos. Esto quiere decir que la originalidad científica es siempre y necesariamente distinta de la literaria; resulta absurda la aplicación de igual medida á dos asuntos absolutamente heterogéneos. Por estas razones creemos lícito atribuir tanto valor cultural á los estudios psiquiátricos de Giné y Partagás, á los bacteriológicos de Ferrán, á los pediátricos de Martínez Vargas, á los biológicos de Turró, á los fisiológicos de Pi Suñer—para citar á los que mejor conocemos y podemos juzgar con alguna competencia—como á las poesías de Verdagner y Carneut, ó á los dramas de Guimerá y Ruñol.

Las dos grandes corrientes científicas de verdadera influencia filosófica son las ciencias biológicas y las ciencias sociales. Dentro de las primeras, la patología mental ha contribuido á renovar la psicología; dentro de las segundas, la sociología ha puesto bases nuevas á las corrientes ético-pedagógicas.

Acaso una insuficiente competencia haya desviado nuestra atención de otras ciencias naturales; parécenos que la renovación científica iniciada en la Universidad de Barcelona se percibe más acentuadamente en los estudios médicos, cada día más inclinados hacia la enseñanza clínica y la investigación experimental. El cambio es muy sensible en pocas décadas. Es notoria la popularidad de José de Letamendi, cuyos aforismos y escritos, por su recto sentido moral, alcanzaron gran boga en todo el mundo médico de habla española; su nombre señala el fin de la vieja escuela, pues en sus refranes y consejas campea un burdo empirismo que es la antítesis de los verdaderos métodos científicos. Con espíritu amplio y generalizador, éstos fueron eficazmente propiciados por los Jaime Pi Suñer, Salvador Cardenal, Giné y Partagás, Rodríguez Méndez, J. Valenti Vivó, maestros de alta envergadura, cuya obra fué secundada y continuada por los Coll y Pujol, Suñé y Molist, Carulla,

Martínez Vargas, Vallejos Lobón, Fargas, Bartrina, Augusto P. Suñer, Celis, distinguidísimos todos en sus especialidades respectivas y algunos ya respetados fuera de España.

Bajo su dirección, modernamente orientada, fórmase actualmente una generación nueva de estudiosos que honran a la escuela médica barcelonesa. ¿Podría aplicárseles justicieramente las palabras del distinguido crítico citado?

Los estudios biológicos y experimentales, iniciados hace ya algunos años (1), encaminanse á un brillante desarrollo por la fundación de la Sociedad de Biología, cuyos trabajos son editados por la sección de Ciencias del «Institut d'Estudis Catalans». Los del año 1913 constan de cincuenta monografías presentadas por Agustí, Alomar, Alzina, Balasch, Bellido, Carrasco, Darder, Dargallo, González, López, Marimón, Nubiola, Ors, Peyrí, Pi Suñer, Sayé, Turró, Verdau y Vidal (2).

En este orden de investigaciones científicas son de notoriedad europea los trabajos del céle-

(1) Ver: Augusto Pi y Suñer. «Las nuevas instalaciones biológicas de Barcelona». Comunicación a la Asociación Española por el progreso de las Ciencias, Junio de 1913.

(2) «Treballs de la Societat de Biología, 1913», Barcelona, 1914.

bre bacteriólogo Jaime Ferrán, las investigaciones antroposociológicas de J. Valentín Vivó, la doctísima labor del higienista R. Rodríguez Méndez, los originales estudios fisiológicos de Augusto Pi Suñer y las publicaciones de histología y neurología del profesor Carlos Calleja, hombres que honran á la ciencia catalana en el Extranjero. Podrían, sin duda, citarse algunos más.

La patología mental, desamparada en España por la enseñanza oficial, alcanzó en Cataluña mayor brillo que en otra región alguna de la península (1).

El admirable «Instituto Pedro Mata», de Reus, honra á toda España é inmortaliza el nombre del verdadero creador de la patología mental española. Dirígenlo el eminente profesor Rafael Rodríguez Méndez, ya rector del claustro barcelonés, y el ilustre mentalista Arturo Galcerán Granés, presidente de la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Barcelona.

Después de Pedro Mata son dos catalanes los representantes más conspicuos de la clásica lu-

(1) Ver escasos datos en Luis Comenge, en Rafael Rodríguez Méndez, prólogo á los escritos póstumos de Giné Partagás, y en Galcerán Granés: «El concepto de la locura á través de los siglos», Barcelona, 1914.

cha entre la vieja psiquiatría supersticiosa y la nueva psiquiatría científica, que ha durado siglos. La locura, considerada como una maléfica posesión del alma por misteriosas fuerzas invisibles, pasó á ser, poco á poco, una perturbación funcional del cerebro, cuya anatomía patológica vamos conociendo mejor día por día.

Esas dos corrientes, teológica y anatómica, estuvieron representadas en la renovación de la cultura catalana: Pi y Molist, el admirable cervantista que analizó los primores del Quijote, y Giné y Partagás, que en doctísimas obras y conferencias introdujo el criterio científico moderno en la patología mental.

Para el primero, de acuerdo con sus creencias, la locura era una desintegración total o parcial del alma; para el segundo, de acuerdo con su experiencia, las enfermedades mentales dependían de alteraciones estructurales ó químicas del cerebro.

En los últimos años el laboratorio y la clínica se han pronunciado por Giné y Partagás, preparando una concepción naturalista de las funciones de la mente; hoy, todos los psicólogos toman los datos de la biología como fundamento de sus estudios. Los filósofos que no ignoran la ciencia llegan á afirmar que la psicología biológica es el eje de la moral, de la lógica y de la

estética, que antes fueron ramas de la filosofía especulativa.

Son vecinos de la escuela catalana dos valencianos ilustres: el sabio psicólogo Luis Simarro y el doctísimo psiquiatra José M. Esquerdo. Y vecinos suyos son también los zaragozanos Ramón y Cajal y Gimeno Riera, el más grande neurólogo y el más moderno mentalista de los maestros aragoneses. Concebida la Cataluña grande, en sentido histórico y cultural, entrarían ellos en la misma unidad en que otrora se fundían los nombres de Lulio, Vives, Sabunde, Vilanova y Servet.

Los problemas económicos y sociales, básicos para toda sociología, alcanzaron mucho lucimiento en tiempos de Carlos III. Suelen recordarse varios nombres: Masdeu, Cadalso, Cabarrús, Piquer, Forner, Capmany, Campos, etc. Durante los comienzos del movimiento catalanista las preocupaciones políticas distrajerón de los estudios económicos y de la investigación propiamente sociológica. A fines del siglo pasado fundóse un Instituto de Sociología, presidido por el sabio profesor Valenti Vivó; pero languideció rápidamente. La «Biblioteca sociológica internacional» difundió un tanto este género de estudios y algunos volúmenes de autores españoles llegaron á publicarse en la «Biblioteca

Moderna de Ciencias Sociales», dirigida por Alfredo Calderón y S. Valenti Camp.

Una fermentación sociológica, digna de mencionarse, acompañó en Cataluña al movimiento anarquista, que, conviene no olvidarlo, contó durante diez años con las simpatías más decididas de mucha juventud intelectual, diseminada actualmente en otros partidos y facciones. Algunas revistas de sociología ácrata reunieron esos esfuerzos inquietos; entre los pocos libros de alguna originalidad ó eficacia, recuérdanse todavía los de Tarrida del Mármol, leídos en toda Europa.

Cuenta entre los eruditos de cuestiones sociológicas Santiago Valenti Camp, autor de «Premoniciones y reminiscencias» y de «Atisbos y Disquisiciones», editadas en la Biblioteca Sociológica Internacional. Su libro «Vicisitudes y Anhelos del Pueblo Español» plantea y analiza los problemas vitales de España, resolviéndolos en sentido paralelo al que señaló Joaquín Costa; no obstante su redacción fragmentaria y su escasa unidad, se puede contar entre la docena de buenos libros que la sociología política produjo después del desastre del 98. Además de los volúmenes que ha publicado, es propulsor de varias iniciativas encaminadas á la difusión de la alta cultura, dirigiendo ó asesorando traduccio-

nes europeas y ediciones españolas. Su última obra es el primer volumen de un estudio sobre las sectas y las Sociedades secretas á través de la historia, comprendiendo desde las creencias de las primitivas civilizaciones hasta las últimas modalidades del sindicalismo contemporáneo.

Hemos leído varias referencias á una «tradición pedagógica catalana» que pretende ampararse bajo el heteróclito abolengo de Lulio, Vives, Rexach y Balmes; no podemos nombrar, acaso por ignorancia, ningún pedagogo catalán contemporáneo. No conocemos otro nombre que el de Francisco Ferrer, cuyas opiniones pedagógicas parecennos de una absoluta insignificancia; su título para el monumento de Bruselas, es un fusilamiento absurdo.

V.—LA REGENERACIÓN POR EL TRABAJO Y LA CIENCIA

La última generación del siglo XIX asistió al «Desastre» de 1898, fin del poderío colonial de España. La crisis motivó una particular literatura sociológica, de orientación europeísta y an-

titradicional. Libros muy diversos por su criterio originario, convergieron á auspiciar una renovación de la ética española, oponiendo las virtudes del trabajo y los dictados de las ciencias á las dos tradicionales carcomas del carácter español: la pereza y la rutina. Estas, solamente éstas, causaron la pobreza y la incultura de España.

Hay, sin duda, mayor filosofía en el «Idearium español» de Angel Ganivet; más preocupación económica en los escritos de Joaquín Costa (1); más afán de verdad política en «La Moral de la Derrota» de Luis Morote; mayor sentido de la realidad en «El Problema Nacional» de Macías Picavea; fondo ético y más anhelos culturales en las obras político-sociológicas de Adolfo Posada, en la «Psicología del pueblo español» de Rafael Altamira, en «Problemas urgentes de nuestra educación nacional» de Francisco Giner, en «Hacia otra España» de Ramiro de Maeztu, en «La educación nacional» de Aniceto Sela, en la más reciente «Ética española» de Eloy Luis André, etc. Son libros de ayer, de hoy; revelan un

(1) En el mismo sentido habían escrito á principios del siglo Labé, De La Sagra y Muñoz de Luna; ver en *Azorn*, «Clásicos y Modernos», Madrid, 1913. (Capítulo «Precursores de Costa».)

momento del alma española, inquieta de renovarse por no morir sobre el Desastre.

Grande agitación en la península produjeron los escritos económicos de *Joaquín Costa*, cuyo carácter práctico no impide descubrir en ellos un sesudo pensamiento sociológico y moral; fueron el programa de una famosa Liga que se proponía «procurar por los medios más enérgicos y eficaces la inmediata reconstitución de la nación española», sin descuidar, entre ellos, los relativos á la instrucción pública y al cultivo de las ciencias. Trazó Costa las líneas de la «europeización» de España, coincidiendo con las ideas que medio siglo antes desarrollaron Juan B. Alberdi y Domingo F. Sarmiento al predicar la «europeización» de la Argentina y de la América española. La regeneración moral de España debía tener por base el renunciamiento á la sistemática mentira heroico-caballeresca (1) y fué sintetizada en

(1) Escribía *Joaquín Costa*: «Vivimos todavía los españoles en el período mítico y fabuloso de nuestra vida nacional. Todavía nos fascinan y nos acaloran las luchas de moros y cristianos; todavía nos obsesionan el descubrimiento de las Américas y los galeones cargados de metales preciosos; nos decimos el pueblo de San Quintín y de Lepanto; llenan aún nuestra imaginación los nombres de Viriato, El Cid, Roger de Lauria, Hernán Cortés, El Gran Capitán y el Duque de Alba; nos

una frase que alcanzó merecida celebridad: «Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva á cabalgar.» Poco duró el entusiasmo por tan justos anhelos; ellos murieron cuando se calmó el dolor del Desastre.

duele que hayan pasado para no volver aquellos siglos en que el sol no se ponía nunca en nuestros «dominios»; nos figuramos aún nuestras fronteras como diques impenetrables á toda invasión extranjera, y nuestro pueblo como el más valiente y el más hazafioso de la tierra... No hay clima tan benigno como nuestro clima, ni cielo tan pródigo como nuestro cielo, ni suelo tan fértil y abundante como el suelo de España; aquí la Naturaleza provee generosamente al sustento del hombre casi sin esfuerzo; brota la tierra por do quiera espontáneamente frutos en abundancia, y el español, este haragán eterno, tendido á la sombra de los árboles, apenas tiene que hacer más sino extender la mano para coger el pan que liberalmente le están brindando plantas y animales; no hay otro como él tan harto ni tan regalado; los demás pueblos se morirían de hambre si nosotros no les ofreciéramos las sobras de este festín espléndido á que nos tiene perpetuamente convidados la Naturaleza; ni hay ingenio tan profundo, ni talento tan vasto, ni lengua tan rica, ni dicción tan galana como la de los españoles; en menos tiempo del que emplea un extranjero para plantear un problema, el español le adivina la solución; y así recordando nuestras glorias científicas, más veces fingidas que reales, de otros tiempos, nos juzgamos sabios; soñando en las riquezas á su vez soñadas, de otros siglos, nos creemos ricos; y saturados

Algunos pensadores, con loable clarividencia, afirmaron que el porvenir de España estaba en estrechar sus vínculos culturales con la América latina; ese movimiento se continúa aún (1).

de la leyenda con que los árabes nutrieron y adulteraron nuestro carácter nacional, convertimos á España en una especie de fantástica Jauja, sin que sean parte á disipar este espejismo los crueles desengaños de la realidad; y si en riqueza, en saber, en poderío y en política no sostenemos el cetro de la hegemonía europea y no vamos á la cabeza de la Humanidad, culpa es exclusiva de nuestra inactividad y de nuestra desidia...

(1) El movimiento americanista en España presenta un doble aspecto comercial y cultural. Hasta hace pocos años, los españoles consideraban á los hispanoamericanos como «ignorantes ricos», reservándose la condición más honrosa de «sabios pobres»; de allí que algunos tuvieran la peregrina idea de sembrar entre los «Indios» la sabiduría española y cosechar las pesetas americanas. Contra esta grosera ilusión comienzan á reaccionar los españoles ilustrados que visitaron algunas Universidades sud-americanas, comprendiendo que España anda más lenta que algunas de sus colonias en materia de nivelar su cultura científica con la Europea. Es, sin embargo, de toda evidencia la importancia grandísima de acudir á los numerosos «Archivos» de España, en busca de todos los antecedentes de historia colonial; cuanto se haga en este sentido dará óptimos resultados. El Congreso Hispano-Americano de 1900, la expedición comercial al Plata organizada por Puigdollers, los viajes universitarios de Posada y Altamira, la

Tuvieron cierto desarrollo, en los últimos años, las doctrinas positivistas del derecho penal. Con tendencias morales, antes que científicas, había ya abordado estos problemas la fecundísima escritora Concepción Arenal. Muy valiosos estudios de criminología débense á Rafael Salillas y originalísimos trabajos de Ciencia Penal á Pedro Dorado Montero, honra de la cultura científica española; cuéntanse en este orden otros nombres ya respetados: Constancio Bernaldo de Quirós, Eugenio Cuello Calón, Fructuoso Carpena, etc. La patología mental y las ciencias biológicas afines, cuya importancia en psicología—centro actual de las disciplinas filosóficas—es creciente, tienen en España muchos y notables cultores: Miguel Gayarre, César Juarros, Royo Villanova, J. Gimeno Riera, R. Alvarez Salazar, Albiñana y Sanz, Ricardo

Asamblea española de Sociedades y Corporaciones americanistas en Barcelona en 1911, la Federación Nacional de esas Sociedades por obra de Rafael M. de Labra y Fernando Rahola, el Centro de Cultura Hispano Americana de Madrid, la Academia Hispano Americana de Cádiz, la Casa de América de Barcelona, la Asamblea de Sevilla en 1914, y otras iniciativas é instituciones similares, son los múltiples resortes de esa creciente vinculación entre las naciones de habla castellana.

Añibarro, E. Fernández Sanz, A. Fernández Victorio, Rubiano, Antón y Ferrándiz, Sánchez Herrero, E. Navarro Salvador, etc. En otros sentidos, convergentes á la filosofía científica, merecen recordarse los estudios de química biológica de José R. Carracido y las investigaciones de médicos legistas como Tomás Maestre, Lecha-Martínez y Antonio Lecha-Marzo.

Convergen hacia la filosofía científica los profesores Julián Besteiro (naturalismo de Mach y Ostwald), José Castillejo, Leopoldo Palacios y Lorenzo Luzuriaga (krauso-positivistas), Martín Navarro Flores (positivismo spenceriano), Eloy André (filosofía científica de Wundt), José Verdes Montenegro, Fermín Herrero Bayllo, Lafora, Santamaría (psicología de orientación experimental) y el ya eminente histólogo N. Achúcarro.

Algunos universitarios jóvenes, convencidos de que no hay tradición filosófica española, han creído de provecho introducir en España una de las escuelas que están de moda en Europa. Dado el profundo sentimiento antifrancés de los españoles, en vez de acudir á Bergson optaron por el neokantismo de Marburgo, su equivalente alemán como filosofía ecléctica, equidistante de la atrasada escolástica española y del naturalismo científico muy resistido en España. Los

neokantianos españoles cultivan el derecho y no desdeñan las matemáticas; no profesan las ciencias naturales. Entienden ejercer una función moral y política, en lo que parecen continuar las huellas del krausismo; en España dicen que «es otro krausismo». Aunque no exteriorizado aún en obras filosóficas, su influencia cultural es ya muy apreciable. Encabeza el grupo el distinguidísimo profesor José Ortega y Gasset, y á él pueden referirse Manuel G. Morente, Luis de Zulueta, Domingo Barnés, Francisco Rivera y Pastor, De los Ríos y otros jóvenes.

Personalidad original é incalificable, Miguel de Unamuno es un removedor de ideas y de ideales, en cuyas obras se ha acentuado gradualmente su preocupación por los problemas filosóficos. Temperamento crítico é insaciable, no ha sistematizado sus ideas en ningún sentido. Sus primeros libros eran simpáticos á los hombres de izquierda; los últimos parecen inclinarse á un ascetismo individualista, como si el alma de los místicos del xvi se reencarnase en un anarquista contemporáneo. El agudo psicólogo de «Vida de Don Quijote y Sancho», idealista, lírico y entusiasta, reaparece conmovido ante el problema de la muerte y el más allá, en «El sentimiento trágico de la vida», más fácil de admirar que de resumir. Gustando de mezclar-

se en los cien problemas que agitan la cotidiana vida intelectual, Unamuno ha prodigado su labor en jugosos escritos periodísticos; si su obra de pensador ha perdido con ello, en unidad, su función de agitar la cultura hispano-americana ha ganado en amplitud y eficacia. Su nombre es de los pocos contemporáneos que parecen haberse asegurado ya una honrosa posteridad.

La historia de la filosofía en España (que en el siglo xix estaba fragmentariamente representada por Luis Vidart, Ceferino González, Martí Eixalá, José Fernández Cuevas, Gumersindo Laverde y Ruiz, Patricio de Azcárate, y los ya citados de Castro, Valera y Menéndez Pelayo), tiene un versadísimo cultor en *Adolfo Bonilla y San Martín*, profesor en Madrid y autor de «Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento» (1903), merecidamente honrada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Además de muchos ensayos, monografías y comentarios, ha publicado los dos primeros volúmenes de su «Historia de la Filosofía Española», cuyo único defecto — si lo es — consiste en detenerse sobre cuestiones de historia filosófica general y en dar rango de filósofos á algunos rapsodas insignificantes. Sus méritos, en cambio, son absolutos; España tendrá, gracias á Bonilla y San Martín, una historia de su filosofía que